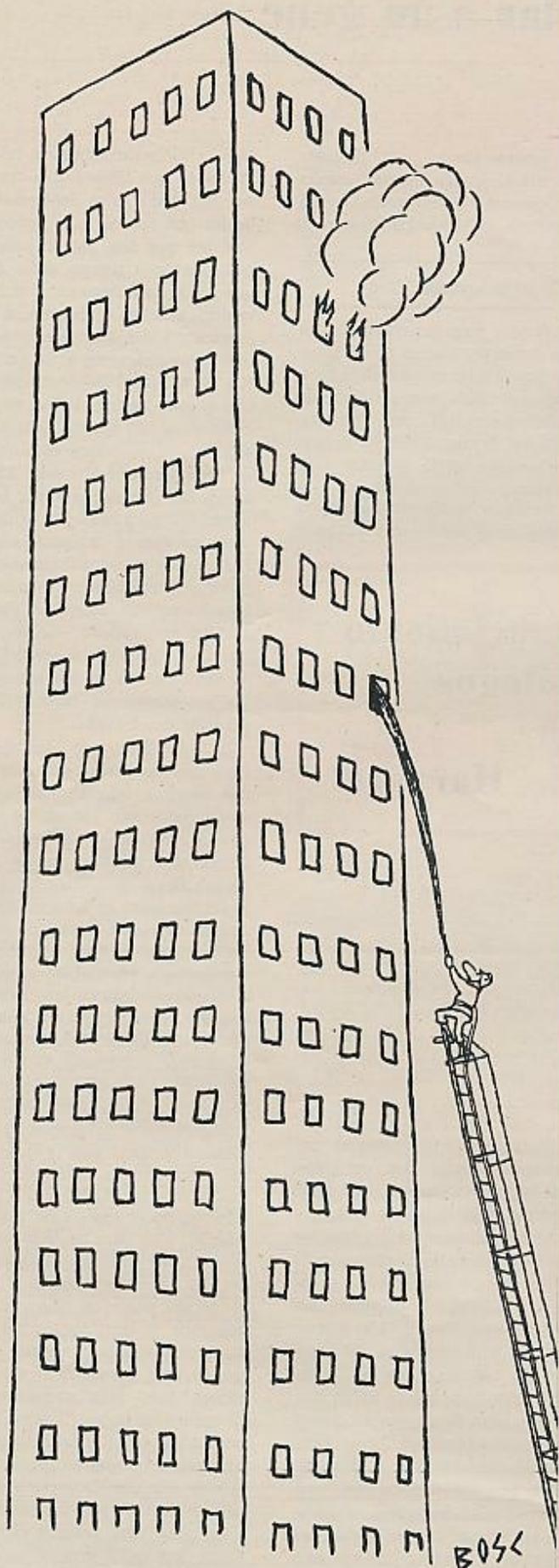


BOSC



¿ESTA HACI

HAN transcurrido algunas semanas desde que se saludase la Conferencia cumbre de La Haya como fecha histórica, la del relanzamiento europeo. Y he aquí que ministros y expertos de los seis Estados miembros están de nuevo ocupados en oscuros regateos, del tipo más clásico, sobre los precios agrícolas, los pagos financieros, etcétera... El clima se hace rutinario; los jurisdismos estrechos, las peticiones de excepciones y de derogaciones, los «maratones», se han convertido en el pan nuestro de cada día de las discusiones de Bruselas. Se llegará, sin duda, una vez más a algunos compromisos antes de las fechas fatídicas. Pero, ¿es esto Europa?

Europa no se hará realmente ni el espíritu comunitario podrá triunfar sobre los egoísmos mientras no se tenga el valor de afrontar los problemas fundamentales y difíciles que siguen sin resolver. Antes de que puedan empezar por arreglarse innumerables asuntos litigiosos, todo depende, en definitiva, de dos grandes cuestiones de las que se habla abundantemente, pero que no han sido objeto de ninguna discusión seria: la cooperación monetaria y la candidatura de nuevos Estados miembros, en especial de Gran Bretaña. Creer que se pueden dar soluciones a los problemas técnicos pendientes: agricultura, armonización fiscal, reglas de competencia, etcétera..., mientras no se ha decidido nada para determinar las fronteras de la Comunidad y su organización monetaria, es una ilusión peligrosa, incluso si permite ganar tiempo.

Está claro que los arreglos financieros discutidos en la actualidad en Bruselas saltarán en pedazos si la solidaridad monetaria entre los miembros de la Comunidad no se organiza sólidamente. No hay que olvidar que Europa ha sido seriamente sacudida desde 1966-67. Ahora le costará más que hace tres o cuatro años darse una organiza-

ción monetaria eficaz que ofrezca a todos garantías al propio tiempo reales y equilibradas. El propio poder del marco alemán hace más difíciles los intentos de homogeneización y de unificación y puede explicar el que los alemanes, al sentirse en buena posición, no metan prisa a sus «partenaires» para que monten las convenciones e instituciones necesarias; la lentitud de los demás es lo que resulta difícil de entender.

La devaluación del franco y la reevaluación del marco han proporcionado un respiro, pero no una solución. Si en 1970 se produjera una nueva crisis monetaria tendríamos que hacerle frente sin estar mejor preparados que en noviembre de 1968, mayo de 1969 o agosto-septiembre de 1969. ¿No habrán bastado estos tres accidentes?

Los retrasos que se suman unos a otros son tanto más inexcusables cuanto que el día que se firme un nuevo acuerdo de solidaridad, éste retrasará el momento en que las dificultades halladas por una moneda de la Europa continental repercuta sobre la libra inglesa o sobre el dólar y también el momento en que los gobernantes europeos se verán obligados a recurrir hacia los Estados Unidos o hacia el Fondo Monetario Internacional. Constituirá, pues, un factor de independencia para las monedas e incluso para las políticas europeas.

El «dossier» inglés, por su parte, ha evolucionado mucho. Cinco de los seis miembros de la Comunidad han tomado categóricamente posición y, se diga lo que se diga, hacen que todo su comportamiento comunitario dependa de la admisión del Reino Unido. Por otra parte, la situación de este último está mejorando —de lo que debemos alegrarnos—, pero, al mismo tiempo se asiste —y esto es motivo de preocupación— a una especie de duda de la opinión inglesa en cuanto al interés de una entrada en el Mercado Co-

ENDOSE EUROPA?



Por PIERRE MENDES-FRANCE

La discusión de La Haya se remitió a una reunión de ministros que tuvo lugar siete días después.

Después de unos intercambios de opiniones bastante académicos, los ministros se pusieron de acuerdo sobre la lista de problemas a discutir. En la foto, Aldo Moro, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, con su colega francés Maurice Schuman.

mún. En último término, Gran Bretaña va a abordar las conversaciones anunciadas en condiciones muy diferentes de las que prevalecían en la época en que la diplomacia gaullista le cerraba brutalmente la puerta de la Comunidad, lo que le permite afirmar que no se dejará situar ante los hechos consumados ni permitirá que se le impongan acuerdos tomados al margen de ella. Hace unos días, Wilson declaraba sin ambages que «todos los acuerdos y decisiones tomados en virtud del tratado de Roma están sujetos a negociaciones...», especialmente los problemas relativos a los precios de los productos y la política agrícola».

Si Francia e Italia hubieran fundado una unión aduanera ha-

cia 1957-1960, como algunos pensaban entonces, la ulterior adhesión de Alemania no hubiera sido concebible sin que todos los aspectos de la organización fueran reconsiderados y todas las decisiones anteriores readaptadas. Lo mismo ocurrirá el día en que se ponga en marcha la negociación inglesa por las buenas.

Aunque las sugerencias francesas en La Haya —fabricación común de un computador europeo de gran potencia, puesta en marcha de una máquina europea de separación isotópica, garantía común de las inversiones privadas en los países subdesarrollados— no hayan sido tenidas en cuenta, ello ha ocurrido porque los «partenaires» de Francia no tienen interés en

adentrarse en esos terrenos sin los británicos.

Es curioso que Pompidou haya argumentado sobre la ausencia del Reino Unido, para no pronunciarse sobre las futuras instituciones europeas, las cuales, según ha dicho, no podrán ser estudiadas más que en el momento de la ampliación de la Comunidad. Este punto de vista, perfectamente lógico, parece válido para todas las cuestiones fundamentales que quedan por resolver. Ninguna será tratada seriamente sin la participación de aquellos cuya presencia es retrasada constantemente.

Todo esto debía ser objeto de debate con ocasión de la Cumbre de La Haya a principios de diciembre. Se ha remitido la discusión a una reunión de minis-

tros que ha tenido lugar una semana después. Después de unos intercambios de opiniones bastante académicos, los ministros se han puesto de acuerdo «en un excelente clima...» sobre la lista de los problemas por debatir. Luego se han dado cita... para el 11 de febrero de 1970. Para ellos se trata de cubrir fechas hasta julio de 1970, dado que, en esa época, las vacaciones permitirán ganar aún más tiempo. Luego ya se verá... Si un día, por fin, Gran Bretaña entra en la Comunidad, habrá que contar con un indispensable pero largo, período de transición y de adaptación. Todo esto puede llevar muy lejos.

¿Estamos seguros de que estos plazos jueguen a favor de la construcción europea?